

# Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica  
Antología 1917 - 2000

Ampuero  
Beleván  
Calderón-Fajardo  
Cueto  
Castro  
Dughi  
Fernández  
Iwasaki

## Capítulo 12

Ortega  
Oviedo  
Pollarollo  
Prochazka  
Ribeyro  
Sala  
Sánchez Aizcorbe  
Silva-Santisteban  
Thays  
Tord  
Vidal

Primera edición: abril de 2002

*Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento*

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

## LA NOCHE DEL POETA

Como el sueldo de jubilada de su tía se reducía cada año por la crisis económica y él era lo que los especialistas llaman un inactivo; la gente común e insensible, un vago, y los seres sensibles, un poeta, la tía decidió alquilar las habitaciones de la casa que había pertenecido a sus padres y conservó para ella y para él la más grande. Lo de compartir el cuarto le resultó un poco incómodo al principio, pero después se acostumbró. La tía dividió la habitación en dos partes iguales gracias a una cortina de plástico y cada uno supo acomodarse a su nuevo espacio. Los primeros pensionistas fueron tres estudiantes que solo iban a dormir. Como él se levantaba tarde, apenas si alguna vez se cruzaba con ellos. Por las mañanas leía los periódicos en la sala, donde estaba el televisor; y por las tardes iba al cine o al hipódromo. Nadie lo molestaba. Pero después se instaló una pareja que tuvo un bebé a los pocos meses y la madre de ella vino a Lima para encargarse del recién nacido. A partir de ese momento perdió la cuenta de los habitantes, pues la casa se fue llenando de personas que eran parientes o amigos de algún pensionista. Los veía ir y venir, se instalaban por unos días o semanas, algunos se quedaban más tiempo. Estaban por todas partes y a toda hora; las mujeres discutían por el uso de la cocina, del baño y por los baldes de agua, pues la casa no tenía cisterna y debían juntar agua por las noches o comprarla a los camiones cisternas que pasaban de vez en cuando. También se acusaban unas a otras de robarse el detergente o la ropa lavada. Él ya no podía leer en la sala, convertida ahora en un lugar de paso. El televisor había desaparecido y fue inútil buscar un culpable; nadie supo dar razón. Últimamente todos los pensionistas, salvo dos, habían dejado de pagar y la tía estaba alarmada porque se decía que habían formado una asociación para reclamar derechos de propiedad sobre la casa.

No se compraba ropa, no fumaba, no tenía carro ni compromisos de ninguna clase. Sus únicos gastos diarios eran la entrada al cine o dos apuestas en el hipódromo; y aunque no trabajaba organizaba muy bien su día. Por las mañanas leía el periódico luego de desayunar y se ocupaba de limpiar su parte de la habitación, lavar y planchar su ropa y hacer algunas compras en el mercado. Por las tardes iba al cine, o al hipódromo. Nunca se dormía sin haber organizado sus

actividades del día siguiente. Algunas noches le tomaba horas decidirse entre tal o cual película, apostar a este o a otro caballo. Había superado, aunque no sabría precisar cuándo, el drama que lo atormentó durante su juventud y parte de sus años de adulto. El que a sus cuarenta años no se hubiera acostado nunca con una mujer era algo que ya no le importaba, ni siquiera pensaba en ello. No había sido por falta de ganas; ocurría que simplemente nunca había podido relacionarse con una mujer como para llegar a la cama. Tal vez por timidez, tal vez por ser demasiado respetuoso; o porque, también lo había pensado, las mujeres en general no le gustaban lo suficiente. En realidad, las únicas mujeres a las que veía eran su tía y las inquilinas de la pensión; nunca hablaba con ellas, no sabía sus nombres ni recordaba sus caras. Su vida había llegado a ser apacible y sosegada. Era, como decía su tía, un solitario con alma de poeta. Él decía que solo era un solitario.

Por eso se quedó tan sorprendido la noche en la que uno de los pensionistas gritó si ahí vivía un poeta, que lo estaban buscando. Salió de su cuarto y en la puerta lo esperaba una muchacha muy joven. Tendría veintidós años, el pelo corto y un rostro bastante común. Mientras hablaba, notó que era ligeramente bizca y eso lo mantuvo algo incómodo, pues no sabía si ella lo miraba a él o a la pared, a los muebles, o a las personas que pasaban en ese momento. Dijo que ella también era poeta y quería hacerle una entrevista. «Los poetas y las poetas de mi generación te consideramos el único artista digno porque eres un verdadero marginal, un poeta de verdad», dijo casi de un tirón. Él afirmó que no tenía nada que decir, que no se consideraba un ejemplo para nadie, que no era poeta. «Tengo un ejemplar de tu único libro publicado hace veinte años, no seas mentiroso», dijo ella sonriendo. Por un instante sus ojos coincidieron en el mismo punto: lo miraba directamente a los ojos, con un cierto aire seductor. Como no la había hecho pasar, a cada momento la conversación se interrumpía porque los inquilinos entraban y salían. Cuando a él le cayó en la cabeza un pelotazo lanzado por el grupo de chiquillos que jugaba un partido de fútbol en lo que alguna vez fue la sala de la casa, ella le preguntó si podían ir a tomar un trago o un café a un sitio más tranquilo. No tenía plata y le dijo que no. «Entonces mañana», dijo ella. «Mañana no puedo», se excusó, «pasan una película que quiero ver». Ella se entusiasmó pues también le gustaba mucho el cine y quedaron en encontrarse en la puerta. Se despidió dándole un beso en la mejilla. Le hizo prometer que después de la función hablarían de su poesía. Solo cuando la vio marcharse, reparó en las piernas de la muchacha y en su minifalda. Caminaba contorneándose y moviendo las caderas como las negras cuando bailan el alcatraz. De lejos parecía mucho más atractiva. Esa noche decidió que al día siguiente iría a la casa de su único amigo, al que visitaba una vez cada cuatro domingos. Habían

ingresado juntos a la universidad pero ya se conocían desde el colegio. Había logrado comprar un departamento cuando regresó de Europa donde estuvo durante cuatro años gracias a una beca y ahora dirigía una revista. Era, además, profesor a tiempo completo en una universidad particular. Estaba haciendo sin proponérselo, decía siempre, una excelente carrera académica; y si todo seguía así, dentro de unos años podría ser rector. Su habilidad para conseguir becas y también invitaciones a distintos congresos, le permitía viajar fuera del Perú dos o tres veces al año. Su amigo se sorprendió al verlo pues no era domingo, pero cuando le contó la visita de la muchacha y le pidió que le hiciera un pequeño préstamo pues tenía que invitarla al cine, entendió la visita no programada y lo felicitó sinceramente. Le dio la plata con la condición de que lo tuviera al tanto del romance. «Podría ser mi hija y no habrá ningún romance. Quizás ni se presenta», dijo.

Pero se presentó. Llegó incluso antes que él. Le contó que había leído su poemario más de una vez y que le seguía pareciendo mejor que los de muchos poetas de esa generación. Mientras hablaba, él intentaba concentrarse en un punto de la cara de la muchacha para evitar el curso incierto de sus ojos. Notó que el ligero bizqueo del día anterior se había acentuado. Dijo que compraría las entradas, pero ella ya tenía la suya. Compró una y pensó que podría invitarle un café a la salida. La sala estaba casi vacía pero se sentaron en la última fila. «No me gusta adelante», dijo ella.

Cuando apagaron las luces, le rozó la mano. Él creyó que se había equivocado, que ella solo quería apoyarse, y se retiró discretamente. Entonces sintió algo tibio y húmedo en su oreja, volteó y se dio cuenta de que ella lo estaba besando. Quedaron tan cerca uno del otro que sus labios se rozaron. Ella metió su lengua en la boca de él, recorrió su paladar, los dientes. «Saca tu lengua», le dijo. «Ahora muérdeme despacito». Volvió a tomar su mano y la puso entre sus piernas. «Acaríciame», gimió. Abrió las piernas y él empezó a bajarle el calzón, le metió los dedos en la vagina y ella se movía diciendo «sigue, sigue». Él le mordía los labios; con la mano que le quedaba libre acarició sus grandes pechos sin esperar a que ella se lo indicara. Le desabrochó la bragueta y empezó a corrésela. Entonces se asustó y tuvo un poco de vergüenza cuando se dio cuenta de que no podía evitar irse entre las manos de la muchacha. El fuerte olor de su propio semen le provocó una ligera náusea. Ella no parecía incómoda ni asqueada; le preguntó si tenía papel o un pañuelo y se fue al baño. Cuando las luces se encendieron, ella empezó a peinarse con un cepillo que sacó de su cartera; después se pintó los labios con un lápiz rojo. Le sonrió, lo miró directamente a los ojos y dijo: «ahora vamos a un lugar donde podamos hablar. Ya tengo listas las preguntas y he traído una grabadora».

Lo llevó a un bar muy ruidoso. En una mesa estaban sentados entre diez y doce jóvenes y ella dijo algo así como *qué mala suerte*, pero igual se acercó. Lo presentó, le dijo que pidiera dos cervezas y se puso a hablar con un muchacho que parecía algo molesto. En un momento se apartaron del grupo y a él le pareció que estaban discutiendo. El que estaba a su lado lo felicitó por haber publicado solo un libro y haber sabido cultivar el silencio; «las palabras no sirven para nada», dijo. Después se puso a hablar de las diferencias entre la poesía filosófica y la metafísica con una chica que estaba frente a ellos. Pasaban de un tema a otro, de un interlocutor a otro; los diálogos se cruzaban y muchas preguntas quedaban sin respuesta. Hablaban de música, de gente que él no conocía; y se reían sin motivo alguno. Dejó algo de dinero sobre la mesa y se fue sin que nadie lo advirtiera. Afuera estaba ella hablando con el mismo muchacho. Al verlo se acercó y le pidió que no se fuera, que la esperara un momento. Pero él no tenía ganas de volver al bar y se disculpó diciendo que tenía un compromiso. Le pareció notar una cierta ironía en su mirada, pero no estaba seguro si se dirigía a él o al muchacho que la esperaba apoyado en un árbol. Antes de dormir decidió que al día siguiente no iría al cine ni al hipódromo. Necesitaba contarle a su amigo lo que había ocurrido.

Le dijo que ahora las chicas eran así, iban y venían, y que había desperdiciado una magnífica oportunidad. Debió quedarse hasta el final y después llevarla a un hotel. Él dijo que no conocía ese tipo de hoteles, que no tenía idea de cuánto le habría costado uno, y que lo ocurrido en el cine era más que suficiente para él. «Ese es tu problema, te conformas con muy poco. La próxima vez tienes que ser más audaz». «No va a haber próxima vez», aseguró él.

Dos días después, una de esas raras mañanas en las que la casa estaba extrañamente silenciosa y mientras barría su habitación, la tía abrió la cortina y le dijo que tenía visita. Era ella. Traía un viejo ejemplar del libro de poemas y una grabadora. «La otra noche te escapaste», le dijo sonriendo. «¿Te puedo entrevistar ahora?» Estaba incómodo porque su tía se había puesto a baldear el corredor y dos mujeres empezaron a discutir a gritos. Una decía que acababa de comprar cuatro huevos y acusaba a la otra de haberlos usado para hacer una tortilla. La otra reclamaba ofendida que su esposo le había dejado plata, que no era ninguna ladrona. Mientras miraba de un lado para otro, la muchacha comentó que detestaba la vida cotidiana; «¿no tienes un espacio propio donde podamos estar tranquilos?» Contestó que no. «Podríamos encontrarnos otro día en algún lado», dijo ella mientras sacaba su agenda. «Si quieres vamos ahora al cine», se atrevió. Ella dijo que no había pensado en el cine sino en un lugar donde hacerle la entrevista. «Vamos al cine primero y después hablamos en un bar que no sea el del otro día», dijo sorprendido de sí mismo. Ella pareció dudar. Después dijo que

podría ser mañana, pero ¿qué película y dónde? Él no pudo recordar qué películas estaban en cartelera, pues para esa tarde había planeado ir al hipódromo. Quedaron, a sugerencia de ella, en que él la llamaría por teléfono. Como no tenía agenda ni libreta de direcciones, anotó el número en una hoja que ella arrancó de un cuaderno.

Su amigo le dijo que finalmente le había llegado su oportunidad. Más fácil no se podía haber presentado. «En lugar de entrar al cine, la llevas a un hotel y se acabó». «No sé si pueda», dijo él. «Ni siquiera sé si quiero».

—Quizá ella es virgen. Quizá no sabe cómo se hace.

Su amigo dijo que eso, aunque sonara extraño en estos tiempos, era posible. Él había conocido a muchas mujeres que en el cine o en un auto eran totalmente desinhibidas, pero que a la hora de la verdad se aterrorizaban. «Por lo que me has contado, tu poetisa puede formar parte de ese grupo, y eso es una desventaja para ti».

Por un momento permanecieron en silencio. Él no tenía ganas de hablar del tema, era como volver al pasado otra vez, como volver a empezar.

—Sabes que odio prestar mi departamento, pero por esta única vez lo voy a hacer. Traes a esa chica acá y te sacas el clavo de una vez por todas.

Él prefería el cine, ahí ya sabía a qué atenerse. Aunque no hubiera mencionado después lo que pasó entre ellos, a ella parecía haberle gustado; si no, no hubiera aceptado ir otra vez. Aunque también estaba interesada en hacerle la entrevista.

—Eso del cine debería darte vergüenza. Por una vez estuvo bien, pero ahora pórtate como el hombre adulto que eres. Es ahora o nunca —dijo su amigo con firmeza.

—Tú sabes que no sé cómo se hace. No sé si sabré hacerlo; ni siquiera sé si quiero hacerlo.

Sin poder evitarlo empezó a llorar mientras hablaba.

—Yo estaba tranquilo —gimió— ¿Por qué tenía que venir esa loca a perturbarme? Para ella esto es un juego, es una snob pretenciosa. Se cree muy liberada pero solo es una, una... —No encontró ninguna palabra que le sirviera, tal vez porque no sabía quién era ella.

Su amigo canceló una cita y sacó una botella de vodka. «Te voy a dar la mejor clase de orientación sexual que hayas recibido en tu vida», dijo mientras servía el vodka. Durante años se había negado a llevar la conversación a ese punto, pero esta vez se quedó callado.

Con la misma voz que seguramente impostaba para dictar sus clases en la universidad, su amigo le explicó cómo se hacía, por dónde tenía que empezar, en qué momento debía pasar de los escarceos a la penetración, cómo y dónde.

También le dio instrucciones sobre detalles aparentemente banales pero prácticos, como la música ideal, la dosificación del trago, cómo hacer para llevar a la mujer del sofá a la cama. Sin darse cuenta, perdió de pronto la vergüenza y se atrevió a hacer preguntas: qué era mejor, con las luces apagadas o encendidas; una sola vez, o varias; los puntos eróticos claves, el tiempo razonable de duración de los preliminares. Hablaron también de las ventajas de la minifalda frente al pantalón, sobre todo de esos tan ajustados que convertían, dijo su amigo, uno de los más eróticos y excitantes momentos de la relación en una verdadera tortura gimnástica. Él recordó aliviado que ella nunca usaba pantalones.

—Debería dedicarme a instructor sexual —bostezó su amigo dando así por terminada la clase—. Ven mañana temprano para que recojas la llave. Eso sí —le advirtió—, me dejas todo limpio, y trae tus propias sábanas. ¿Tienes plata para comprar trago?

Mintió y dijo que sí, no quería seguir pidiéndole tantos favores.

—Los preservativos te los regalo, están en mi mesa de noche.

Se sentía un poco culpable sin saber bien por qué.

Esa noche no durmió pensando en cómo iba a conseguir la plata para comprar las sábanas y el trago, cómo le diría a ella que había encontrado un lugar mejor que el cine. Desesperado por el insomnio trató de imaginar sus piernas, de recordar cómo eran sus pechos, cómo se habían besado. Pero solo lograba ver sus ojos bizcos. Extrañó las noches en las que su única preocupación era decidir si iría al cine o al hipódromo.

Se levantó muy temprano para ser el primero en la cola de los que necesitaban usar el baño. Y mientras le servía el desayuno, sorprendida de verlo levantado tan temprano, su tía le preguntó si había tenido pesadillas o insomnio. «Las dos cosas», dijo. Como no tenía apetito le convidó la leche y el pan al hijo de una pareja de pensionistas. Le contó a su tía que había la posibilidad de un trabajo, y que uno de los requisitos era tener el título de bachiller. Antes de que ella empezara a recriminarlo una vez más por no haber hecho la tesis cuando debió hacerla, él le contó que ahora el título se otorgaba automáticamente, nada más pagando algo así como cincuenta dólares. «¿Los necesitas ahora mismo?», preguntó ella tan contenta que él se arrepintió de haber inventado lo de la tesis para conseguir dinero. Pero prefirió quedarse callado. «Ya entiendo por qué pasaste tan mala noche», dijo. Y recordó que cualquier situación nueva le producía siempre una gran ansiedad. El primer día de clases, la primera comunión, la primera fiesta. «Esto de la universidad es como empezar de nuevo», dijo. «Fuiste un niño nervioso, demasiado sensible para este mundo. Es por el alma de poeta que tienes», murmuró pensativa. Si su amigo hubiera presenciado la conversación habría replicado que tenía razón, solo que el problema no era a causa

de su sensibilidad poética sino pura cobardía. Dijo que con unos veinticinco dólares podría iniciar los trámites en la universidad. La tía fue al cuarto y regresó con un billete de cincuenta que había reservado para alguna emergencia. «Sé que te va a ir bien; ya tomaste la decisión y lo vas a lograr. Mi bendición, poeta», dijo. Y lo abrazó.

La llamó de un teléfono público. Contestó un niño que apenas balbuceaba, después una niña que dejó olvidado el fono y empezó a gritar al niño, que lloraba como si lo estuvieran golpeando. Tuvo que introducir otra moneda para que la llamada no se cortara. Los gritos y llantos sonaban cada vez más fuertes. Finalmente escuchó su voz acercándose; hizo callar a los niños y se puso al teléfono. Dijo que salía de clases a las ocho y podían encontrarse en el cine que quedaba cerca de su facultad. No le tomaría más de diez minutos llegar allá. «Y después podemos venir a mi casa para hacerte la entrevista». «¿Vives en una pensión?», preguntó él. «No, con mis padres y hermanos, ¿por qué?» «Por nada», dijo él. Y se despidió.

Su amigo estaba por irse a trabajar. Se quejó de la resaca que tenía, le dio la llave y le pidió que terminara antes de las once pues había dormido muy mal y quería acostarse temprano. Él volvió a agradecerle, pero se quedó preocupado. Del cine hasta el departamento el microbús tardaba por lo menos una hora.

«No tienes por qué entrar al cine», dijo su amigo. «Se encuentran en la puerta, tomas un taxi y la traes. Si sigues mis instrucciones al pie de la letra, todo terminará antes de las once».

Compró un juego de sábanas, una botella de ron, cigarros, queso y maní. Limpió el departamento con minuciosidad, trapeó la cocina, enceró la sala, pasó la lustradora, sacudió el polvo de los muebles, cambió las toallas del baño, y puso las sábanas nuevas. A las cinco todo lucía impecable. Se dedicó entonces a revisar los preservativos. Quería probarlos. Del cajón de la mesa de noche sacó una revista porno y luego de pasar la primera página empezó a excitarse. Controló el tiempo que le tomaba abrir el sobre y colocarse uno. Mientras se lo ponía, tuvo una eyaculación. Ensayó una vez más sin mirar las revistas pues solo quería conseguir una erección. Consideró que ya podía colocarse el preservativo con cierta pericia. Contó cuántos quedaban. Había seis, y pensó que era más que suficiente. Volvió a echarse en la cama y practicó desde el principio. Era mejor dejar el cajón ligeramente abierto para no perder tiempo. Cuando iba a guardar las revistas, tuvo la tentación de mirarlas un rato y masturbarse cómodamente, sin pensar en que estaba ensayando, pero no lo hizo. Arregló otra vez la cama, se duchó, se lavó la cabeza, se afeitó. Revisó la ropa guardada en los cajones y encontró una camisa celeste, de jean; se la iba a poner, pero le pareció demasiado juvenil, y ese no era su estilo. Los calzoncillos le gustaron. Se probó

uno de color negro, de un material que ajustaba y permitía adivinar el tamaño del pene erecto. Pensó que a ella le gustaría ese más moderno que su anticuado calzoncillo blanco de algodón. Antes de salir se echó agua de colonia en la cara y separó algunos casetes. Puso dos vasos, el ron, el maní, el queso y un cuchillo pequeño en la mesita de la sala.

Esperó en la puerta del cine durante media hora; y cuando pensaba que ella ya no vendría, la vio bajar de un micro. Su tardanza le facilitó las cosas. Dijo que odiaba ver una película empezada y que dejaran el cine para otro día. Podían hacer la entrevista en el departamento de su amigo.

Antes de que ella preguntara algo, dijo con forzada naturalidad que un viejo amigo le había prestado su departamento para que pudieran hacer ahí la entrevista. Estarían solos y tranquilos.

—Claro, vamos —dijo ella—. Mi casa es también un caos, aunque no tanto como la tuya.

Sus ojos miraban fijamente algún punto de la vereda, y él pensó que no era realmente bizca. O en todo caso era una bizca muy particular.

Gastó lo último que le quedaba de los cincuenta dólares en un taxi que tardó una hora en llegar al departamento. El taxista se detuvo a echar gasolina, luego el motor recalentó y encontrar una estación de servicio que accediera a regalarle o venderle agua para el radiador le tomó cerca de veinte minutos. Eran casi las diez cuando bajaron del taxi. Ella permaneció muy callada y seria, como si estuviera asustada. Cuando llegaron, abrió su cartera y sacó una hoja en donde había escrito las preguntas. Dijo que las pilas de la grabadora no estaban muy buenas y que buscaría un enchufe. Recién ahí él se dio cuenta de que ella no se había puesto su minifalda. Tenía un jean muy ajustado y una camisa ancha. Sirvió dos tragos y puso el casete de boleros de Luis Miguel.

«¿Y la entrevista?» Un ojo miraba el vaso que él le entregaba. Dijo que esas cosas lo ponían muy tenso, que necesitaba relajarse y que después hablarían de trabajo. Ella miró su reloj y dijo que no tenía mucho tiempo. Y de pronto no supo muy bien qué hacer. Ella se sentó en el sofá, muy al borde, como si quisiera irse, como si estuviera disgustada. Estuvo a punto de preguntarle si le pasaba algo, pero recordó las instrucciones y se sentó también al borde, muy cerca. Le agarró la mano, le acarició el pelo y la besó. Ella no respondió, estaba rígida como una estatua. Sirvió más ron, a pesar de que ella había bebido apenas un sorbo. Se le ocurrió que podían hablar de poesía, y le preguntó si ya había publicado algo. «Puedo hablar con mi amigo para que te promocióne en su revista. Ya sé que la fama no te interesa, pero siempre es bueno que a uno lo conozcan». Ella preguntó qué revista era, y cuando le dijo el nombre, pareció entusiasmarse. Lo notó por los ojos, que se dispararon por toda la habitación.

—No sabía que él era tu amigo. No lo conozco, pero sé perfectamente quién es. ¿De dónde se conocen? —Parecía más tranquila y relajada. —Estuvimos juntos los primeros años de universidad hasta cuando yo me retiré sin hacer la tesis de bachillerato, porque consideré que todo era una farsa y que no me interesaba ser un profesional burgués.

—Pero tu amigo sacó su doctorado —dijo ella—. Hasta donde tengo entendido estudió en Harvard o en Stanford, no estoy segura. ¿O fue en La Sorbona?

Pensó que ella admiraría su rebeldía, o tal vez elogiaría la voluntaria marginalidad, la autenticidad, o algo así. Pero no. Sin beber una sola gota, parecía concentrada en los hielos del vaso que tenía en la mano, los ojos totalmente reposados. Vio la hora y no había avanzado nada de acuerdo con las instrucciones. En verdad tenía poco tiempo y pocas ganas; estaba incómodo porque el calzoncillo le apretaba las caderas y el material sintético le producía escozor. Hubiera querido estar solo para sacárselo y ponerse el suyo.

Nunca podrá entender qué le pasó. En cuestión de segundos, cuando ella trataba de recordar nombres de universidades europeas, él sin pensarlo procedió a abrazarla, le pasó el brazo por el cuello, la besó como lo había hecho en el cine y bajó su mano a la bragueta. Notó que ella se resistía. No le importó. Le agarró la mano con más fuerza y casi la obligó a bajar el cierre. Como volvió a retirarla, la cargó y la llevó hasta el cuarto. Ella gritaba un poco, pero no demasiado fuerte. La echó en la cama y empezó a forcejear para sacarle el pantalón. Pataleaba y gritaba, ahora sí más fuerte y él sintió un fuerte dolor; ella le estaba dando rodillazos en los testículos; luego le dio un empujón y se fue corriendo a la sala. La siguió.

—Eres un bruto —gritaba mientras lo amenazaba con el cuchillo de cortar el queso para evitar que se acercara, los ojos fijos en la pared.

—Perdona —dijo avergonzado—. No sé qué me pasó. Yo nunca...

—Eres un enfermo, un loco —siguió ella. Pero ya no gritaba.

Él se sentó en el sofá y bebió una buena cantidad de ron directamente de la botella.

—Lo del cine me hizo pensar que te gustaba un poco.

—En el cine me gustaste, pero eso no quiere decir nada. Fue cosa del momento, un agarre. ¿Nunca has agarrado con nadie?

—No entiendo de qué me hablas.

—Los hombres de tu generación son un asco —dijo ella—. Creen que son los únicos que tienen derecho a agarrar y a largarse cuando se aburren.

Él no sabía cómo eran los hombres ni las mujeres de esta generación ni de la suya, y se limitó a beber otro trago de la botella. Ella fue al baño y cuando

volvió parecía otra. Estaba calmada y algo sonriente. Se sentó en el sofá, bebió un poco del ron y puso el *play* en la grabadora.

—¿Te parece que hagamos de una vez la entrevista?

—¿Después de lo que acaba de pasar? —preguntó sorprendido.

—Una cosa no tiene que ver con la otra —dijo ella.

La miró. En verdad, la chica no le gustaba. Tenía las caderas muy anchas, los dientes torcidos y usaba un perfume demasiado fuerte. Hubiera querido que se fuera de una vez y aprovechar el tiempo que quedaba para sintonizar el canal porno del cable.

—¿Por qué escribes? —preguntó ella.

Parecía poco interesada en la respuesta, su ojo derecho miraba el papel en el que había escrito las preguntas; el otro apuntaba a la botella de ron. El que manda es el derecho, pensó él.

—¿Por qué escribes? —Parecía impaciente.

—No escribo.

—Perdón —dijo forzando una sonrisa—, ¿por qué escribiste?

—Nunca he escrito.

—Aquí está tu libro de poesía, no lo puedes negar. —Irritada, sacó el viejo poemario de su bolso.

—Yo no soy ese —dijo—. Es un homónimo. Te confundiste de persona y me aproveché de tu error.

Se puso de pie sorprendido de sí mismo, de la voz con la que había hablado, de esa decisión abrupta tan ajena a sus maneras pausadas. En menos de una hora había actuado dos veces sin pensar, como si no fuera él. Ella sonrió desconcertada. Parecía no saber si tomarlo en serio o considerar que estaba ante un entrevistado esquivo. Cuando estaba a punto de replicar, se abrió la puerta. Él miró su reloj, eran las diez y media de la noche.

—Hola —dijo su amigo.

—Hola —dijo ella y apagó la grabadora.

—¿Cómo les ha ido? —Y pareció darse cuenta de que nada había resultado bien.

—Justo estábamos empezando con la entrevista, pero tu amigo dice que no es ni fue poeta. ¿Es verdad o me está meciendo?

La miró con cierto desagrado. Cuando una chica le gustaba, asumía poses de seductor. Conversaba, halagaba, bromeaba. Pero si no, era indiferente y hasta podía ser cruel. Como lo estaba siendo con ella.

—Tú eres la entrevistadora, no yo. Sigam no más, no se preocupen por mí.

Y entró a la cocina. Pero se notaba que estaba disgustado. A nadie le gusta encontrarse con extraños en su propia casa, él lo sabía muy bien.

—No seas malo —le dijo ella—. Me costó un montón encontrarte y necesito aprobar el curso. Yo le hablé al profesor de ti y me dijo que si lograba sacarte una entrevista me calificaría alto. Empecemos de nuevo, por favor. ¿Cómo descubriste tu vocación poética?

Por primera vez parecía débil y honesta, y sintió pena por ella. Bebió otro trago y dijo que mejor le diera las preguntas y él las contestaría con calma, por escrito. A ella le pareció buena la idea, pues ya era tarde y no quería incomodar. Dijo que llamaría un taxi. Mientras esperaban, su amigo regresó a la sala, y como nadie hablaba encendió el televisor. Vieron un programa de noticias que acababa de empezar. El taxi llegó justo cuando el periodista deportivo daba los resultados de los partidos jugados ese día, tema que le interesaba mucho a su amigo. Estaba tan atento a la noticia que se limitó a hacerles un gesto de despedida con la mano. Bajaron las escaleras en silencio, y cuando ella cerró la puerta del taxi le pidió que la llamara en cuanto hubiera respondido las preguntas. «Trata de hacerla rápido, *porfa*», dijo sonriendo y tratando de ser amable. Vio partir el taxi, aliviado.

Recordó que había dejado el papel con las preguntas en el departamento, pero no tuvo ganas o valor para volver. No podría explicarse ni a sí mismo lo que había pasado. Tomó un microbús que lo dejó a dos cuadras de su casa, cerca de la farmacia recién inaugurada que atendía las veinticuatro horas del día y contaba con una excelente sección de periódicos y revistas importados. Hojeó unos Playboy, miró algunos libros y se fue sin comprar nada.

La pensión estaba alborotada como siempre a esa hora. Había un grupo de jóvenes en la puerta y varias parejas en los rincones de lo que había sido la sala de la casa. Solo un foco alumbraba el corredor. Entró al dormitorio y sin encender la luz para no despertar a su tía, buscó a oscuras un calzoncillo y se dirigió al baño. Se encerró un buen rato y salió solo cuando uno de los pensionistas empezó a golpear la puerta. Mientras se acostaba y oía los ronquidos de su tía detrás de la cortina, decidió que no contestaría las preguntas y que dejaría pasar un par de semanas, o tal vez un mes, o un año, antes de visitar nuevamente a su amigo. Le diría a su tía que lo de la universidad no era seguro pues debía cursos que a estas alturas ya no podía estudiar. Y que se había gastado la plata en comprar libros. Total, para ella era un poeta y pensaba que los poetas no entienden las cosas de este mundo. Antes de quedarse dormido decidió que al día siguiente iría al hipódromo.